This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

G868.8 R618YCE LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.8
R618Yce

[redacted]

This Book is Due on the Latest Date Stamped

GG-13

NOV 10 1988 RET'D NOV 29 1988 1 AC

CALL NO.

G868.8
R618Yce

MAR 7 1947

TO BIND PREP.

DATE 2-27-47

NEW BINDING [✓]
REBINDING [ ]
REGULAR [✓]
RUSH [ ]
STORAGE [ ]
BUCKRAM [✓]
SPECIAL PAM. [ ]

AUTHOR AND TITLE

[Centro Estudiantes de Derecho, Asunción]
Rodó.

CATALOGUER Wilson
RETURN BOOK TO Latin American

GLUED-ON [ ]
LACED-ON [ ]

STUB FOR:

T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOK PLATE [ ]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

Dr. Duq.

BIBLIOTECA PARAGUAYA DEL CENTRO E. DE DERECHO

RODÓ

HOMENAJE DE LA
JUVENTUD DEL PARAGUAY

VOL. 3

Asunción
IMPRENTA "ARIEL"
1919

Centro Estudiantes de Derecho

Comisión Directiva

Presidente:	Juan Stefanich
Vice „	Federico Chaves
Tesorero:	César López Moreira
Secretario:	Justo P. Benitez
„	Pablo Max Insfrán
Vocal:	Virginia Corvalán
„	Justo P. Prieto
„	Pedro P. Samaniego
„	Lisandro Díaz León
„	J. Antoliano Garcete

Biblioteca Paraguaya
DEL
Centro Estudiantes de Derecho

Director: JUAN STEFANICH

CASILLA 281 - ASUNCION - PARAGUAY

Fué pensador y poeta a la vez: en él se fundieron, mediante el milagro de una alquimia misteriosa, Sócrates y Platón.

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

BIBLIOTECA PARAGUAYA DEL CENTRO E. DE DERECHO

RODÓ

HOMENAJE DE LA
JUVENTUD DEL PARAGUAY

VOL. 3

Asunción
Imprenta ARIEL
1919

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

I

Nuestro Homenaje

Verdadera consternación produjo en América la muerte de José Enrique Rodó, el eximio escritor y maestro que supo revelar en páginas imperecederas la belleza de su noble espíritu.

Y no sólo América está de duelo, sino también España, ya que en idioma de castilla y estilo remilgado y fluído, virtió el pensamiento moderno. Y más que América y España, negro capuz se extiende sobre el horizonte del arte y la filosofía que pierden uno de sus devotos que oficiaba con religiosa unción en ese altar donde solo llegan los ungidos por el genio

El Paraguay sufrió también honda herida por la extinción de la llama que avivara el vigoroso espíritu de Rodó y, por la voz autorizada de sus maestros y el gesto vibrante de su juventud, exteriorizó el respeto y la admiración que inspira la memoria del insigne autor de «Ariel».

El funeral civil celebrado en nuestro coliseo en homenaje al pensador y pulcro estilista, patentiza cuan grande es la admiración que se le brinda, y evidencia los óptimos frutos recogidos de la simiente sembrada en el alma de la juventud por la elevada prédica de Próspero.

Las crónicas y los discursos y escritos publi-

JUL 26 1946
545932
BOUND APR 1947

cados en este folleto, editado por el Centro Estudiantes de Derecho, expresarán mejor que este exordio, la devoción que se siente por la obra de Rodó.

Antes de cerrar la mámpara del opúsculo, séanos permitido expresar la participación que ha tenido en este acto la mujer, representada por la gentil señorita María Antonia Pane, quien leyó con admirable corrección una página de Rodó; la distinguida señorita Deidamia Livieres, que cantó con melodiosa voz «La ciega Gioconda» y la espiritual señorita Elvira Misch, que arrancó raudales de armonía de las cuerdas de su mágico instrumento.

Merece, así mismo, una especialísima mención el cuarteto de violín, constituido, además de la señorita Misch, por el primero y más alto representante del arte musical entre nosotros, señor Fernando Centurión y los señores Carlos Daumas Ladouce y Nicolino Pellegrini, que ejecutó con admirable precisión difíciles partituras de música clásica.

He aquí la ofrenda que el Centro Estudiantes de Derecho tributa a la memoria del maestro cuyo mejor y más bello monumento estará siempre en el alma de la juventud americana.

* *

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

II

La Oración al Maestro

Discurso del Presidente del Centro Estudiantes de Derecho, señor Juan Stefanich.

I

Bajo la frente vencida del maestro reposa el pensamiento de su alta y fecunda labor. Ya no se agita allí el turbión de las ideas. Ya no juega el tropel de la ronda en esa jaula maravillosa que cobijó tan primorosas especies y que, de tarde en tarde, libertaba sus bellas prisioneras para lanzarlas a la vida a conquistarle glorias.

La expresión que no alcanzó la existencia en sus labios, la idea que no llegó a vivir y la nota que no llegó a vibrar, en vano buscarán la cuerda milagrosa para alcanzar la luz. Pero la palabra en que un día condensó un pensamiento, la nota que pulsó para arrancar un sonido o la imágen con que una vez vistió una esperanza, quedarán vibrando y viviendo en las almas, amplificadas por la resonancia del tiempo, como esos acentos perdurables que los síglos recogen en su seno y que no mueren jamás.

Junto al catafalco funeral se alza como nube de gloria, el rumor de los cantos, de la música doliente, de los himnos y las oraciones.

Gentiles de forma, apuestos de continente, impecables en la línea, se asocian en el concierto todos los prodigios del arte y todos los milagros del ritmo.

La Elocuencia buscó su más noble acento para cantarle, la Poesía vistió sus mejores galas para acercarse a depositar sus flores, y hasta la Crítica, severa y fría, que nunca se enciende y que jamás se exalta, rompió su antigua norma y puso una nota de pasión desusada en la escala de su viejo diapasón.

Enlutadas las arpas han vibrado en inmortales melodías, las liras de duelo han llorado en maravillosos sonidos, los laudes, tristes, han gemido como rara vez gimieron.

Lágrimas de todas las almas han regado ese rostro, flores de todos los climas han perfumado la estancia, laureles de todas las tierras han coronado esa frente.

En la calma infinita de la hora, mientras el viento pasa repartiendo aromas que ha recogido de los trópicos y rumores que ha traido de las cumbres y de los mares lejanos, acerquémonos en silencio a depositar nuestra ofrenda y a murmurar nuestra oración.

Que nadie nos escuche. A solas con el maestro, que solo él recoja la confidencia de nuestras almas. En nuestro acento no vibrarán esos sones maravillosos, no se oirán arpegios, cantos ni sinfonías.

Solo pulsamos dos notas: El acento fiero y bravío cuando se nos habla de patria, y la oración en voz baja, que sube del corazón sin pasar por los labíos, cuando se nos habla de amor.

El maestro que fué todo dulzura y todo bondad, sabe que si hoy no pulsamos una lira tierna y delicada, es porque ayer, al pulsar en el horrendo concierto las notas más altas de la epopeya, nuestras manos se han tornado rudas para templar un arpa y nuestras gargantas se han vuelto roncas para entonar una canción.

II

En la creación inmortal del maestro existe una dualidad bien definida. La obra del apóstol y la obra del artista.

Es sacerdote que predica una religión y es artífice impecable, creador milagroso de bellezas.

El espíritu le contempla en este doble aspecto, sin atreverse a romper la armoniosa unidad de su obra, porque no es posible concebir el apóstol sin el artista, ni el artista sin el apóstol, como no es posible afirmar si es más grande por lo que esculpe o si es más grande por lo que predica, si es más bello el continente o si es más bueno el contenido.

Penetró en lo más hondo del espíritu humano y, con lo más puro, con lo más noble que allí pudo encontrar, tejió una hermosa filosofía a la que revistió con todos los caracteres de una religión.

El Amor, el Arte y la Belleza, es su trinidad augusta, la suprema divinidad.

Para exhibirla al mundo, para ofrecerla al culto de sus fieles y a la admiración de los creyentes, construyó un magnífico templo pagano.

Sobre el vasto panorama del desierto se ofrece el monumento a la devoción de un continente.

Artífice raro, mago inimitable, levantó su basílica inmortal asociando en su admirable concepción todas las armonías de la línea con todos los encantos de la forma, toda la gracia del estilo con todo el capricho genial de la fantasía.

Puso mármol, puso oro, piedras preciosas y raros talismanes. Construyó cúpulas doradas, hermosas galerías, magníficas arcadas y ricos capiteles.

En la portada del templo, presidiendo la entrada, están «Ariel» y «Proteo», genio del aire y numen del mar.

Monumento inmortal por fuera, delicioso jardín de las Hespérides por dentro, el descreído que allí se interna marcha seguro a la conversión.

Allí las pasiones se suavizan, los odios se calman, las borrascas se moderan y las esperanzas se embellecen. Los rudos se vuelven pulcros, los exaltados se templan, los violentos se tornan suaves, los malos se tornan dulces.

Allá en el fondo de la graciosa nave oficia el maestro ante la trinidad pagana, mientras llegan de lejos la música arrobadora de los violines, el aura suave que trae perfumes y el eco armonioso de los cantos triunfales.

El maestro oficia para todos, es amplío y tolerante. Junto a él los beocios tendrán cabida, los escitas podrán llegar y los fenicios también.

Jardinero espiritual, observa con exquisito esmero el estado de las almas y nunca se acerca sin vestir el traje apropiado.

Adopta un aire amable o se pone un poco severo, sonríe con benevolencia, deleita con un cuento y encanta con su voz. Es, a ratos, el padre

que reprende o es el preceptor que aconseja; es luego el camarada de confidencias o el filósofo que razona o el pensador que analíza. Y a veces, cosa inaudita, el viejo maestro, como vuelto de pronto a la edad infantil, se tiende a la sombra bienhechora de un árbol, imagina un bello pasatiempo, y juega y ríe y alborota, como uno de esos pequeños déspotas que revolucionan la casa. Es que entonces, sacerdote de almas, está armando una ingeniosa treta para vencer una rebeldía y conquistar un corazón.

De tarde en tarde, reune en torno suyo toda esa legión ardiente que marcha al porvenir. Pulcro y atildado, se acicala bien, vierte perfumes en la estancia, la viste de flores y la cubre de encajes. Y cuando tiene reunida la magnífica muchedumbre, pronuncia uno de esos discursos inmortales. Habla a la juventud. La conquista, poco a poco, la seduce luego y la convence después. Y cuando los ojos brillan de impaciencia y las miradas se encienden con el santo fuego de la esperanza; cuando cada corazón es una cuerda que vibra y cada pecho pugna por estallar en un grito de amor, él se levanta con sagrada unción y, mirando el horizonte y señalando la cima lejana, entrega la consigna y la legión enardecida, se lanza, camino de la gloría, rumbo al porvenir, decidida a escalar la cumbre y resuelta a conquistar la flor.

Como Jesús, el dulce soñador de Galilea, se acerca a los espíritus enfermos, a las almas sin sol, a los ojos sin luz, a los corazones sin fé. Y anima y consuela y fortalece. Cuando encuentra una voluntad que vacila la sostiene, cuando contempla un ánimo atormentado por la duda o el

desaliento, lo incita y lo conjura a la acción y ante un espíritu desolado y excéptico, que ha perdido la fé en sí mismo, se alza, entre sorprendido y severo y sacudiéndolo con energía exclama: «¡Hombre de poca fé! ¿Que sabes tú lo que hay acaso dentro de tí mismo?»

Se oculta en un recodo del camino y aguarda sin impaciencias. El sabe que allí caerá alguien, que allí tropezarán algunos, que allí quedarán muchos.

Hay un sendero abierto ante las almas, hay un rumbo obligado para todos.

Cuando marchamos a lo largo del camino empujados por la fuerza de la fé primera, cuando avanzamos atrevidos y audaces, tras la belleza del primer ideal que nos deslumbra, cuando corremos con la pasión y el ímpetu de aquel amor primero, atraídos por el encanto de una sonrisa o por la luz de una mirada, cuando seguimos por la ruta entre acordes y canciones, entre gracia de matices, entre luces y esplendores, cuando alargamos la mano confiados, para arrancar la flor ambicionada...allí, desde lo alto, como una brusca y rotunda observación del destino, una mano inexorable nos postra en tierra sin piedad.

Una ilusión ha muerto, una esperanza ha caído. Es la noche, es el frío, es la nieve sobre el alma.

Dentro la sombra, fuera la nada. El espíritu está anonadado. Ya no hay sol que alumbre, ya no hay luz para el caído. Una vida está por extinguirse.

Esa es la hora del maestro.

Cuando aquella pobre alma desdichada se incorpora a medias, buscando todavía en su loco

empeño la flor que tanto acarició, cuando contempla con angustia la infinita desolación del páramo y se dispone a lanzar una maldición a la naturaleza y a prorrumpir en un grito de desprecio a la existencia...surje de la sombra la apostólica figura del maestro. Amable la mirada, sonriente el rostro, tendida la mano consoladora, se aproxima al desdíchado. Le llama con dulzura, le atrae con bondad, le estrecha sobre el propio corazón.

Pulsa una lira, canta una canción, narra un cuento, recurre a una parábola o vierte una lluvia de rosas sobre aquella cabeza atormentada para devolverle la luz, para prestarle fuerzas y tornarle a la existencia.

—Mira—le dice—la flor que buscabas no ha muerto. Nunca como ahora ha estado tan cerca de tí. Perdiste una tan solo, yo te ofrezco un jardín. Yo conozco un bello sitio, yo te daré un paraíso. Allí hay música y hay canciones. Haz un pequeño esfuerzo, incorpórate un momento, apóyate en mi brazo, yo te conduciré hasta allí. Escucha, mira, observa. ¿No ves, por ventura? ¿No oyes, quizás? Son acordes extraños que tus oídos jamás escucharon, son flores aquellas que tus míradas no pudieron admirar. Obstínate, empéñate, marcha. La flor es tuya. Persíguela, conquístala.

Y el pobre convaleciente, sugestionado por aquel mágico acento, tienta a incorporarse, se siente con una reserva de fuerzas cuya existencia ignoraba y ensaya a andar...Y da unos pasos...da otros y prosigue y anda. Y oye acordes, percibe aromas, su vista se aclara, el horizonte se amplía...Divisa, por fin una nueva visión.

Y restauradas sus fuerzas, ligero y ágil, vuelta la alegría al corazón, vuelto el sol a brillar, se lanza hacia ella con brío desconocido.

Aquél espíritu tiene la pasta del vencedor y lleva en su frente la llama con que alumbrará su camino para no caer.

¡Rodó! ¡Rodó! ¡Cuantos debemos la confianza y la vida a la virtud redentora de tus nobles enseñanzas! ¡Cuántos vivimos al conjuro de tus palabras y al hechizo de tus máximas salvadoras!

III

Hijos de una tierra sin ventura, necesitamos llegar a menudo hasta el templo del maestro a restaurar nuestras perdidas fuerzas.

Hijos de una tierra atormentada por las borrascas, donde la pasión incendia y aturde, arruina, esteriliza y malogra; donde las almas están enfermas de odio, enferma de parálisis la voluntad y enfermo el pensamiento de indolencia, necesitamos refugiarnos junto al maestro a buscar serenidad para nuestro espíritu y a empaparnos en un generoso idealismo de amor, de fraternidad y tolerancia ¡de tolerancia sobre todo!

En las horas amargas de los desconciertos, cuando el ambiente nacional se cubre de brumas y asistímos desolados al descenso de los hombres, cuando naufragan nuestras esperanzas, cuando la fé vacila y vacila todo, cuando todo decae, cuando muere todo, entremos al templo salvador a hacernos fuertes de espíritu, nobles de pensamiento y dignos de corazón. Entremos a templar nuestras armas y a forjar el carácter para ser perseverantes en el bien y consecuentes, irreduc-

tibles contra el mal. Allí levantaremos sobre la Pampa de granito la esperanza como norte y la voluntad como fuerza.

Y venceremos en las luchas y triunfaremos en la vida.

El Paraguay se alzará, grande y admirado, no por la virtud del odio que corroe y aniquíla, no por la virtud de la sangre vertida en las guerras insensatas.

El Paraguay se alzará por la virtud de la Paz, por el milagro del Trabajo, por la perseverancia de los buenos, por el noble ardor de su juventud.

* *

545932

III

Un cuento de Rodó

Era un vasto jardín, de aromas lleno,
y en el harpa sublime del follaje,
la brísa, tañedora inimitable,
inundaba de arpegios el paisaje.
Allí jugaba un niño. Era su juego
inocente y sencillo, al par que hermoso:
al cristal de una copa, con un junco
arrancaba, a compás, un sonoroso
gemido. Se diría que la copa,
al sentir el castigo despiadado,
estallase en sollozos...Pero el niño,
insensible a la queja, entusiasmado,
golpeaba sin cesar y a cada golpe,
cual si aprender quisiera los acordes
de esa música extraña, la cabeza
bajaba del cristal hasta los bordes
para escuchar mejor...Después de un rato,
el minúsculo artista, en un chispazo
de volubilidad, cambió de juego
y haciendo de sus dedos un cedazo,
cernió arena en la copa, hasta llenarla,
los bordes alisó con elegancia,
y quiso nuevamente con el junco
arrancar al cristal su resonancia.
Pero ¡inútil empeño! Enmudecido

el cristal, cual si el alma sonorosa
de su seno, hubiera ¡ay! emigrado,
tan solo respondía a la afanosa
percusión, con un eco sordo y breve.
Ante el fracaso de su nuevo intento,
tuvo un gesto de ira y en su pecho
nació la tentación del desaliento.
Más luego reaccionó. .volvió los ojos
en su redor, como implorando ayuda
y vió una flor gallarda en una rama,
y satisfecha su incipiente duda,
hacia la flor pomposa y salvadora
corrió sonriente y loco de contento
y tras breve luchar, logró arrancarla
con la eficaz complicidad del viento,
que la rama abatió...Graciosamente
púsola luego en el callado vaso,
la afirmó con la ayuda de la arena
que motivara su anterior fracaso,
y en búcaro la copa convertida
y con el gesto de los triunfadores,
paseó a la flor entronizada
entre la muchedumbre de las flores.
Cuando la arena del fracaso ahogue
el ritmo de la copa de cristal,
en que un día escuchamos complacidos
los primeros acordes de ideal,
no rompamos la copa torpemente
murmurando: ya todo se acabó,
busquemos nuevo ensueño y nueva dicha,
como el niño del cuento de Rodó.

PEDRO PEREZ

* *

IV

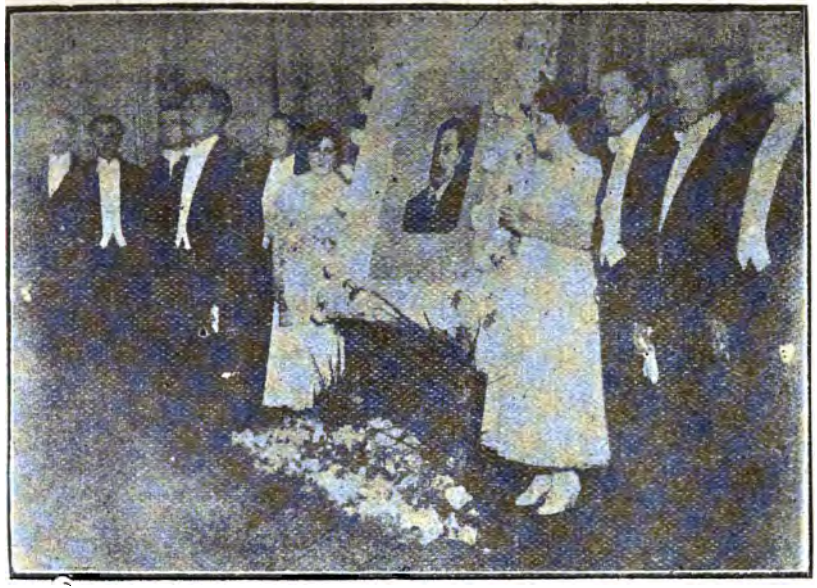
Discurso del
señor Luis Ruffinelli

Señoras:

Señores:

Aun no se había extinguido el último rumor de la plegaria que elevaron los pueblos de América cuando selló el Silencio los labios de Rubén; aun no se habían dispersado los últimos grupos de peregrinos congregados en torno al eximio cantor y testigos del prodigio de su paso luminoso por el plano de sombras de la muerte; aun se diseñaba en la lejanía azul, como un jirón de gasa, la nube de incienso que entretuvo el viento y quemaron las multitudes para acompañar la solemne ascensión hasta la Cumbre, cuando, anunciando al mundo la muerte de Rodó, tañeron de nuevo tristemente las campanas de hierro de Poé.

Y perdonad asocie, siquiera sea así, pasajeramente, en esta solemnidad que es homenaje a la memoria del pensador que hacía versos de ideas armoniosas en el fondo de su impecable y elegante prosa, serenamente seductora como un mármol griego, la memoria—también como un homenaje—de esa otra gloria americana, Rubén



El retrato del Maestro, orlado de rosas y custodiado por las Gracias, provocó un sonante batir de palmas. Y su espíritu parecía flotar, como el de Ariel en el salón de Próspero, sobre aquel apiñamiento de cabezas jóvenes.

Darío, poeta singular que nos hizo el magno presente de las regias rosas del jardín versallesco de su ingenio.

*
* *

¡Rodó ha muerto! Vos, juventud, sabéis toda la amargura que condensa la frase. Lo sabéis porque es pleno en vos el dolor de la hora presente, porque sentís como el desgarramiento de vuestra alma con este despojo que hace la Muerte a la Vida. Lo sabéis, porque vos también, juventud paraguaya, tuvistéis sitio y asiento aquella inolvidable tarde en que Próspero, el viejo y venerado maestro, congregó una vez más en torno suyo al grupo juvenil, y con aquella su voz firme, «voz *magistral* que tenía, para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol; bien el toque impregnante del pincel en el lienzo o de la onda en la arena», dijo la Buena Nueva que colmó generosa de milagroso bálsamo el cáliz de la prestigiosa floración humana que formaba su auditorio.

Bálsamo restaurador que devolvió a la alas de la Idealidad, que impotente se arrastraba, el vigor necesario para tornar a la esfera azul de sus dominios; bálsamo restaurador que curó la miopía de las pupilas viciadas, entretenidas en mirar el disco tentador del metal áureo creyendo contemplaban el disco luminoso del Sol; bálsamo restaurador que devolvió a los cuerpos la esbeltez perdida recordándoles que en el cielo las estrellas brillan y sólo es reflejo lo que en el fondo de las aguas cristalinas parpadea; bálsamo

restaurador que reorganizó las filas de los Cruzados del Ideal, raleadas por la *malsana fiebre,* y la arrojó, ya de nuevo compacta columna cerrada, camino de la Cumbre, poniendo en sus labios la marsellesa triunfal del Entusiasmo y en sus almas la dulce canción de la Esperanza.

***

Rodó ha muerto, sí, ha muerto para todos aquellos que no supieron que existió jamás, y también para los otros, para los que sólo le vieron; mas para los que supieron de su existencia, no como simple célula del organismo social, sino constituyendo sus órganos más nobles: cerebro y corazón, Rodó no ha muerto. Y más. Si vivir, en la alta y noble acepción sociológica del vocablo, es el ejercicio de una influencia en la vida de las colectividades, poniendo bálsamo en sus heridas, vigor en sus músculos, entusiasmo en sus luchas, ardor en sus conquistas, nobleza en sus ambiciones; sirviéndolas de brújula en los días brumosos de la marcha, de puerto en las horas tormentosas de la Duda, de estrella polar en las noches inevitables del camino, Rodó no ha muerto, ni siquiera puede señalarse en el tiempo el postrer instante luminoso de su vida.

Quién ha de osar marcar la fecha del último peregrinaje de los espíritus hacia esa fuente de juventud eterna que mana las obras del Maestro? Fuente milagrosa que Ponce de León, en el amanecer de la historia americana, buscó en vano, y que—siglos después de haber paseado su ingenua quimera por el Mar de las Antillas—había de brotar de la alta cumbre de un cerebro

uruguayo y correr, con armonía de estrofa, hasta extenderse por todo el continente, ofreciendo a todas las naciones el blando regazo de su playa y la milagrosa caricia de sus ondas.

Y cuando todas las corrientes de hombres y de pueblos parecían tender presurosas hacia las cristalinas aguas plenas del azul sereno de los cielos, atraídas por las armonías del Himno Nuevo que ensayaban las olas al morir sobre la arena, hay altos indecisos y rebeldes que llevan al ánimo de los que estudian sus causas, una nota de triste desencanto, porque ven retardarse, alejándose en el tiempo, la hora en que había de brillar una nueva «sonrisa de la historia», repitiéndose, magníficamente ampliado, bajo los cielos propicios de la América libre, el armonioso encanto del «*milagro griego*».

Mas esa nota de triste desencanto no sofoque en nosotros—según el bello decir del viejo Próspero—esa sublime terquedad de la esperanza, sino al igual de aquella pobre enagenada de Guyau, tras el desencanto diario de la espera inútil del prometido ilusorio, sonriendo con cada nueva aurora, volver a vestir las galas nupciales y murmurando: *Es hoy cuando vendrá*, esperar tranquilos y confiados, con tenaz y conmovedora locura, como aquélla, el arribo imposible del Esposo anhelado.

Y con esta serena fe en el porvenir, hacer que «el gigantesco viejo de los ojos fríos, de nariz tajante y dura como una segur, de músculos recios, de labios que no abultan más que el filo de una espada, se yerga como un árbol desnudo, bajo el cielo de plomo, sobre la inmensa pampa de granito, triste y desierta, triste y fría,

donde ha de sembrar la menuda simiente que ha de brotar, crecer. hacerse tronco robusto, llenarse de follaje y de flores, y descollar por fin aun más alto que el viejo indiferente e inmutable sobre la inmensa pampa de granito».

Puesta en acción esta fuerza, afirmada aquella confianza, habrá sonado la hora de ponernos en marcha hacia aquella otra que vemos distanciarse y que el genio. a cuya memoria rendimos este homenaje, nos la enseñó, estimulándonos a conquistarla, haciéndonos saber que cada uno de nosotros estamos equipados por la Naturaleza para emprender la jornada, seguros de la victoria.

Y con respecto a nuestra América, a la que preferentemente se ha dirigido el Maestro, poco ha de bastarnos para realizar la conquista. Una más intensa corriente de sentimientos y de ideas entre los pueblos del continente, ha de permitir, en no muy lejano día, que los ideales de los pueblos del Sur—alzados cada vez más altos y hechos cada vez más nobles durante el período preparatorio—se ingerten en el robusto tronco—también hecho más fuerte y vigoroso—de la voluntad del gran coloso del Norte y bajo el follaje del nuevo árbol que se alce, a cuya vida contribuyeron savia anglo-sajona y flor latina, se mostrará un grande, inmenso y superior pueblo que encarnará la visión del Maestro, reproduciendo, armoniosamente amplificada, ante los ojos del mundo, «la sonrisa de la historia cuando el *milagro griego*».

*
* *

Señores:

Voy a terminar, y séame permitido hacerlo,

con una exhortación a la juventud.

Juventud paraguaya, no sea esta solemnidad todo el homenaje que rindamos a la memoria del Maestro, sino apenas la nota inicial, pues lo mejor del mismo, el que ha de ser tal en verdad, queda a realizarse, lenta y pacientemente, en vuestras obras del futuro, marchando hacia la cima que señaló el vidente. Posiblemente, casi puede afirmarse, mucho antes de llegar, apenas en la mitad de la ascensión, ha de nevar sobre vuestra primavera, y sólo a la siguiente, a la que ha de sucederos—si marcháis de prisa y decididamente—ha de tocarle coronar la empresa que iniciastéis, pero que no está en vuestro destino terminarla.

Si queréis, pues, rendirle el verdadero y magno homenaje, avivad en el lejano horizonte la lumbre de la estrella de un noble ideal que oriente y alumbre vuestro camino, y marchad hacia ella. Habrá en el camino cuestas que escalar, abismos que descender, sendas ásperas y pasos difíciles que salvar; más todo lo habéis de vencer si lleváis los ojos fijos en la estrella distante, y estad ciertos, ha de ser más grato al Maestro, que este murmullo de oraciones y este perfume de incienso, oir el taconeo seguro de vuestra marcha entre las notas vibrantes de la marsellesa triunfal de vuestro entusiasmo y las armoniosas melodías de la dulce canción de vuestra esperanza.

* *

V

José Enrique Rodó

Los genios se van. Ayer, Rubén Darío, el divino poeta de las dulces rimas, y hoy, José Enrique Rodó, el prosista inimitable.

Los genios se van, pero para gloria de América, después de dejar a las generaciones vivientes pedazos de sus almas excelsas, en libros magníficos e inmortales, que quedarán resonando perennemente bajo el cielo americano, para encantar a las almas con sus armonías deliciosas e iluminarlas con sus pensamientos deslumbradores.

Los genios se van. Pero Darío tuvo tiempo para esculpir los versos sonoros de su *Azul*, de su *Prosa Profana* y de su *Canto de Vida* y *Esperanza*; y Rodó, antes de sepultarse en el seno de la Naturaleza, pudo cincelar los períodos elocuentes de su *Ariel*, de sus *Motivos de Proteo* y de su *Mirador de Próspero*.

* * *

De todas las pasiones que agitaron la noble y grande alma de Rodó, ninguna tan intensa como para dejar su huella, profunda e imperecedera, en toda su labor de escritor fecundo, cual su amor, desinteresado y ardiente, por la Belleza inmortal.

Esta adhesión dominadora hizo de él un artista incomparable.

Todo lo que ha brotado de su pluma maravillosa, todo lo que ha recibido una luz de su inteligencia privilegiada, lleva el sello inconfundible de lo selecto, de lo armonioso; la vibración misteriosa y delicada que arranca de las almas una asonancia y produce en los corazones el deslumbramiento de un encanto.

El doctor Manuel Domínguez, maestro en muchas cosas y también en el bien decir, en una de sus frases felices, ha consignado lo siguiente: «El verdadero artista sabe que «un vocablo mal colocado estropea el más hermoso pensamiento e impide el contagio de la emoción divina, y que, al contrario las palabras cobran una energía soberana cuando están soberanamente ordenadas. Ubicad con astucia las palabras inspiradas y caerán rutilantes, temblorosas, como gotas de luz sobre el papel».

Rodó, como pocos, ha conocido el secreto de este arte difícil y complicado. Como muy pocos, ha sabido encontrar, en todos los momentos de creación artística, el lugar que deben ocupar los vocablos para dar de sí toda su belleza, toda su armonía, todo su encanto.

«Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia» ha dicho Rodó, en su *Ariel* magnífico. Y ciñéndose a este pensamiento, durante toda su vida de escritor, realizó la caridad adorable de dar de beber la belleza en páginas inmortales.

Conoció íntimamente el valor incomparable de la expresión correcta, de la frase delicada, del decir galano, y no se cansó de propagarlo con la enseñanza y el ejemplo.

«Las ideas—ha dicho él, en un pasaje maestro—adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia a veces, depende de que las Gracias las hayan bañado con su luz». Y en otra parte, en un artículo que titulara «Decir las cosas bien», después de ensalzar el encanto de la expresión selecta, terminaba con esta recomendación, que no puede menos de tenerse muy presente por la profunda verdad que encierra.

Escribió él: «Sabios: enseñad con gracia. Sacerdotes: pintad a Dios con pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán. Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! Y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad».

Y la sinceridad del consejo se transparenta en que él lo practicaba al pié de la letra, cuidando de dar su verdad en forma bella y adecuada.

Por todo ésto, los críticos consideran a Rodó como el más galano de los escritores contemporáneos.

Amadeo Almada, distinguido crítico urugua-

yo. escribe, sobre este punto, lo que sigue: «Respecto de la forma, que maneja Rodó con acabada maestría, no diré una novedad si exijo para él un puesto elevadísimo—¡quien sabe si el primero de todos!—entre los escritores más atildados, primorosos y elocuentes, que cultívan en la actualidad la noble lengua de Cervantes».

*
* *

Sus extensos conocimientos sobre todas las cosas, su intenso amor a la belleza y sus cualidades de exquisito y delicado artista, hicieron de Rodó un crítico eminente, cuyas opiniones eran consideradas en Europa y América como algo inapelable y definitivo.

Con el desarrollo amplio y magnífico de su buen gusto, no había belleza que no descubriera en la obra que cayera en sus manos, y, poniéndola de relieve, en trabajos admirables de crítica, colocaba al alcance de todos manjar tan excelente y delicado.

Guía entendido y sereno, señalaba con la seguridad del maestro que conoce los secretos de su arte, los méritos de los artistas creadores, recomendando a la consideración pública la obra en que se plasmara la misteriosa y alada vibración artística y el nombre del esteta afortunado.

*
* *

Pero en lo que Rodó culminó muy alto; en lo que se alzó hasta alturas inconcebibles; en lo que brilló con luz viva produciendo grandes resplandores que alumbraron el pasado, el presente y

el porvenir; en lo que desplegó toda la magnificencia de su hermoso y raro talento, mostrando la variedad de sus facetas diamantinas, fué como filósofo. como pensador, como escritor que reflexiona, con altura y eficacia, sobre los hondos problemas de la vida.

Desde la colina montevideana, la futura Sión de nuestra América, anunció, en libros armoniosos e inmortales, la Buena Nueva, las grandes ideas que deben encaminar estos pueblos hacia destinos más luminosos, los altos pensamientos que deben purificarlos de las impurezas que aun llevan, como carga incómoda y pesada, sobre sus espaldas dolientes.

Ha sido el Maestro en el seno de las sociedades americanas.

Como el otro, el de Galilea, encerró la dulce miel de sus caros ensueños en el ánfora delicada de la parábola deliciosa, y como los filósofos que, bajo el maravilloso cielo del Atica, dejaron volar la rumorosa abeja de sus pensamientos, supo poner en sus discursos y meditaciones la *serenidad*, que dulcifica y acalla el fragor del apasionamiento excesivo, sin menoscabo de la energía y de la fuerza; la *armonía*, que deslumbra y encanta por la exquisita proporción de las formas y una cabal correspondencia de partes, así como por el concierto adecuado y perfecto de los sonidos que la constituyen; la *unción*, que persuade y convence; y, por fin, la *gracia*, esa virtud magnífica y soberana que presta alas a las ideas e insinúa en el alma, allá en lo más íntimo del ser, la luz dulcísima de una leve y espiritual sonrisa.

Su Sermón de la Montaña para la juventud

se denomina *Ariel*, y *Motivos de Proteo* el dedicado a los hombres ya formados, constituyendo ambos la Santa Biblia de una nueva religión, de la religión que persigue días de grandeza y de gloria para la humanidad, mientras sea depositaria del hermoso misterio de la vida.

Rodó hizo de la vida el objeto primordial de sus meditaciones.

Por eso dice Almada, en una parte, al referirse a *Motivos de Proteo*: «No preguntéis, pues, porqué vivimos y a dónde vamos. De todo lo de la vida, la vida misma con su ansia irrefrenable de expansión es lo que le interesa profundamente! Y a engrandecerla, a intensificarla, a ennoblecerla y a hacerla severa y bella y sonriente al mismo tiempo es a lo que tienden esas quinientas páginas de prosa fluída, esbelta y melodiosa».

Rodó es fuente de vida, y de él brota, como de manantial inagotable, la fé que fortifica y anima; la esperanza que alegra; y el amor a la existencia, que presta al espíritu el entusiasmo necesario para interesarse por todo lo que existe y para pasar por la tierra cantando.

Bien está, pues, la recomendación que hace Amadeo Almada, en una parte de su conferencia sobre Rodó.

Dice él: «Acudid a él todos los que os encontráis cansados; todos los que, perdida la creencia religiosa o la fé en el porvenir, os sentís flotar sobre las olas como un buque sin gobierno; todos los decepcionados; todos los heridos por un infortunio injusto; todos los que no creéis en nada, empezando por vosotros mismos; todos los fugitivos, en una palabra, de las batallas campales de la existencia! Acudid a él, os digo, abrid en cual-

quier parte el *Proteo*—como aconsejan los teólogos a los devotos con respecto a la «Imitación de Cristo»—y yo os aseguro que encontraréis allí el concepto que edifica, la belleza que serena, la luz que ilumina, la creencia que galvaniza y la brújula que marca a los desamparados del destino, a los que se debaten en la inmensidad del mar, arrastrados a la sirte por los vientos, atormentados por todas las angustias de zozobra próxima, el derrotero luminoso, y allá a lo lejos el puerto, al fin, en que los espera sino la dicha o el poder, la gloria inmarcesible de haber vivido amplia, digna y orgullosamente una vida!»

JUAN VICENTE RAMIREZ

* *

VI

José Enrique Rodó

Rodó ha muerto. El cable con su acostumbrado laconismo, nos ha trasmitido la sensible noticia, y el espíritu ibero americano, cual si un desastre le abatiera, se ha conturbado ante la pérdida del celebrado escritor que honrara nuestras letras.

Me acerco reverente a golpear su tumba, y luego de cerciorarme que el estro del poeta en realidad ha enmudecido, me permito ofrendarle culto de sentida admiración. Gusto de quemar orobia, sólo a la memoria de los muertos, quienes no defraudarán con oprobiosas claudicaciones, la fe que cifrara en los vivos. Y lo hago con sincero fervor, sin ambajes, ni reticencias prodigo mi devoción, no reparando en las imperfecciones de que obra humana alguna no está exenta.

No...no ha muerto. Que si se ha extinguido la llama vital que anima la materia, su espíritu, de robusta vitalidad, existe en sus obras, aureoladas con un lampo inmarcesible, juventud que persistirá mientras la mente humana se eleve en alas del ensueño a contemplar, en remotas lontananzas, la beatitud artística, literaria y filosófica.

No bien llega a las costas americanas la infausta nueva, su patria, nuestra hermana Uru-

guay, repuesta de la intensa emoción que la postrara, se prepara a honrar con grandiosa apoteósis la memoria de su egregio pensador y ya presto, el mármol, modelado por el cincel del artífice, le sorprenderá en actitud meditativa, vaciando en moldes eternos las ideas alojadas en su cerebro cultivado. Ese gesto hidalgo del noble pueblo oriental, evidencia, una vez más, que si rendimos homenaje a Esparta en nuestros héroes, nos prosternamos ante la Acrópolis, reverenciando a nuestros artistas.

Más feliz que Shakespeare, Cervantes y otros genios infortunados, si no ciñó, como Petrarca, la frente con el lauro de la gloria, las auras de la inmortalidad le acariciaban ya en vida, y en todos los pueblos de habla castellana gozaba de sólida reputación.

Antes que la gratitud de sus compatriotas haya pensado perpetuar su busto, él se había forjado un monumento más duradero que el bronce y el granito en Ariel, Motivos de Proteo, El Mirador de Próspero,...moles gigantes que resistirán al olvido.

Otros, sabios y eruditos, oficiarán de críticos, y con análisis frío, implacable, desmenuzarán sus libros, y tal vez de este examen despiadado lleguen a la conclusión, que ellos no contienen sino reminiscencias, reflejos refractados de autores americanos y europeos, como Renán, Guyau, Fouillée, Emerson...Y no han de faltar Zoilos y Aristarcos, que los hallen, plagados de conceptos tildados de lugares comunes, a fuer de repetirse desde los orígenes del arte y la filosofía.

Mas no ha de durar el ceño feroz de los preceptistas, ni ello ha de impedir que quien

quiera ameno solaz y puro deleite acuda presuroso a las páginas de Rodó, que le sobrevivirán, porque supo el lenguaje de las musas y escanciar en ánfora pulida con primor ático las delicadas concepciones de su alma.

Sería insensatez pedir al hombre absoluta originalidad. Nada se crea, todo se recibe. El lenguaje mismo, maravilloso vehículo del pensamiento, no nos pertenece. El genio no hace sino construir un magistral edificio con los materiales existentes. Ni Schiller, ni Goethe han tenido, en rigor, completa originalidad. Nada mengua el prestigio de Voltaire que su sátira punzante tenga algo de la fina ironía de Swifs. El Hamlet de Shakespeare no es menos grande por haberse inspirado en el Oreste de Esquilo.

En política, arte y ciencia hay las acciones y reacciones recíprocas entre los pueblos a que el espíritu sintético del pensador inglés ha dado la fórmula de una ley filosófica. Así, en los siglos diez y seis y diez y siete la influencia de la literatura española es notoria en la literatura francesa, como la de ésta en toda Europa en el siglo diez y ocho.

Quisiera saber ¿qué novedad hay en los autores actuales que no sea del arte y la filosofía india, hebrea, griega o romana? Hoy, el mérito de las producciones del artífice, no hay que buscarle en la originalidad de pensamiento sino en el aticismo del estilo.

Cierto que no exploró el material virgen de la América, no fué filólogo, ni arqueólogo que descifrara geroglíficos y removiera escombros, para tomar los argumentos de su obra. Bebió en el rico y caudaloso, pero explotado, acervo cien-

tífico y literario europeo, para vertirlo en prosa nítida y afiligranada.

Se ha dicho tantas veces que el estilo es el reflejo del espíritu. Y él lo tuvo claro y límpido como las castalias helénicas, de una fluidez serena pero elevada, donde no se sabe qué admirar más, si la profundidad de los pensamientos o el corte atildado de que los revestía. Sin llegar a los arrebatos retóricos de Hugo, ni a la magnificencia grandilocuente de Cousin, posóse también en las enhiestas cimas, no a golpe de alas, sino por una ascensión gradualmente progresiva.

Fué alma varonil y espíritu estoico que santificó el dolor y predicó el amor y el sacrificio por los grandes ideales, exento de quejas pueriles y lacrimosas como ciertos poetas muelles de femenil sensiblería. Pulsó, sí, los agudos dolores humanos, y con ardor ferviente, apasionado, trató de calmarlos con bálsamo de altruísmo y filantropía.

No prestigió sistema critico-literario alguno como Taine, confinó más bien con el profundo y sutil espíritu de Renán, por quien no ocultaba marcada admiración.

Tampoco ha sido de la estirpe combatiente del panfletario Vargas Vila, ni del libelista Montalvo, de carácter más aristocrático, detestaba los estériles pugilatos, sin rehusar las altas polémicas donde traslucía su dialéctica hábil y contundente.

Hay quienes juzgan a Rodó como el más grande pensador americano. Vacilo en tenerlo por tal, ante la figura austera de Alberdi, que tuvo el más claro sentido de nuestras necesidades y fué el más seguro guía de nuestro porvenir mate-

La máscara de su espíritu, de una fealdad famosa, estaba iluminada por el resplandor de la belleza interna.

Dibujo de R. Guevara (Nuestro precoz caricaturista de 13 años)

rial. Rodó, pensador también, pero de otro género, ha sido más espiritual que Alberdi, sin perder la visión clara de la realidad, se remonta hacia el país del ensueño para deleitarse en íntimo coloquio con el arte y la filosofía. El ilustre escritor tucumano preconizó el amor al trabajo, tomando al pueblo yanqui como digno de imitarse. El poeta uruguayo halla en las ideas altruístas y especulación desinteresada un ambiente mas propicio a su espíritu. Opone a la actividad febril anglosajona, el ideal grecocristiano, y predica el ocio solitario y apacible para dar mejor expansión al alma romántica y soñadora.

No fué corifeo de muchedumbres, ni tribuno de la plebe. Entendía la democracia como la *consagración de la gerarquía emanando de la libertad.* Amó a la multitud de lejos, sin fomentar con frases engatuzadas su mentida vanidad. Trató de orientarla desde el silencio del gabinete con sanos principios políticos. Su independencia y sinceridad ciudadanas, se patentizan cuando, en vispera de elecciones, afirmaba en un discurso, «*que su partido debería ceder el poder si caía vencido en la lucha del sufragio*».

Más que nadie, la juventud de América está de duelo por la partida del maestro que le hablara en íntima confidencia. Encomió el entusismo y las nerviosas impaciencias juveníles, símbolos de eterna aurora y palanca poderosa del progreso. La cátedra vacía, el aula solitaria, ya no resonará en su amplitud la palabra autorizada de Próspero que platicara con sus discípulos con fraternal unción, despojando la enseñanza de toda adusta severidad. Huérfanos de su diser-

tación elocuente y persuasiva, sentimos dolorosas nostalgias al ver su sombra arrogante y pensadora cruzar la inmensidad para incorporarse al Olimpo.

PEDRO P. SAMANIEGO

* *

VII

Rodó

Rodó no fué ageno a las pasiones de su tiempo. Participó de las reyertas de club y de los pujilatos partidarios. Pero en su obra, donde se refleja la sonrisa benevolente de Renán, encontraron acogida todas las formas del pensamiento y todas las manifestaciones de la belleza.

Recuerdo, a través de lejanas lecturas de mi infancia, una parábola del maestro. Un lobo hirzuto y feroz encontró a su paso al Nazareno. La fiera le enseñó los blancos colmillos, encogió el elástico cuerpo sobre las patas traseras, pronto a derribarla de un salto. Pero oyó la voz impregnada de amor del Galileo, adivinó tal dulzura en su mirada, que la fiera se despojó de su odio secular, triunfó en ella el fondo bello de su ser y ¡gloriosa metamorfosis! se tendió a los pies de Jesucristo transformada en montón de rosas blancas.

La fábula define a Rodó. Buscaba en la obra o en el hombre aquel aspecto de bondad o de belleza, oculto aun en las más viles cosas, y así, a través de su prosa transparente, musical como un verso, contemplamos el más ideal y el más maravilloso de los mundos. Bajo la mirada del maestro, todo—como el lobo de la parábola—se vuelve rosas muy blancas y muy puras.

Fué Rodó el más tolerante de los pensadores americanos, acaso por ser el más comprensivo de ellos. Y comprendió, tuvo en grado eminente aquel don de la «simpatía» exigida por Guyau a los críticos, porque animaba su humana envoltura un espíritu pleno de amor y de belleza. Hay algo de verdad en las palabras del filósofo, cuando considera el mundo exterior como fantasmas de nuestros propios pensamientos. Tendrá la materia vida independiente de la nuestra, pero la embellece la creadora fantasía de los hombres. Las pasiones humanas, ciegas como el destino en la tragedia antigua, ganan en fuerza y en belleza vistas a través de los versos de Shakespeare y el paisaje, reflejado en la prosa alada de ciertos escritores, reviste un encanto nuevo. Rodó, en otro orden, es otro ejemplo.

Fué el maestro un potente pensador. Es decir, sorprendió la actitud de las ideas, y supo esculpirlas en la palabra más bella, en el gesto más noble, como el escultor que infunde vida a la más armoniosa creación de su mente en el más blanco mármol de Carrara.

Lo comprueba algunas páginas de *Motivos de Proteo*, ese album maravilloso de paisajes interiores. Recordaréis, si habéis leído «El Pájaro Azul», aquel jardín «irreal» infinito, inefable, el más imprevisto de los jardines, el jardín del ensueño y de la luz nocturna, donde, entre las estrellas y los planetas que iluminan cuanto tocan, vuelan sin cesar, de pedrerías en pedrerías, de rayos de luna en rayos de luna, feéricos pájaros azules, que evolucionan perpetua y armoniosamente hasta los confines del horizonte, tan innu-

merables, que parecen ser el ambiente, la atmósfera azulada, la sustancia misma del jardín maravilloso». Cada vez que abro *Motivos de Proteo*, paréceme dominar el mismo paisaje fascinador y fantástico, donde evolucionan los pájaros azules —los pensamientos del maestro—con el mismo vuelo armonioso que en la creación simbólica de Maeterlinck. Y es a ese jardín portentoso, situado en quien sabe que remotas islas, en las pálidas riberas de la Noche, a donde Rodó dirigió en toda hora el vuelo de sus ideas, para traernos, de regreso de esa su Cipango interior, perlas, oro, brillantes...

Y América guarda, como el más preciado de sus tesoros, sus gloriosas dádivas.

J. NATALICIO GONZÁLEZ

* *

Rodó y el Paraguay

I

Su juicio sobre la Guerra

Montevideo, Julio 27 de 1915.

Señor don Juan E. O'Leary:

Asunción.

Mi distinguido amigo:

Interesantísima lectura ha sido para mí la de la síntesis histórica que sobre la guerra de la Triple Alianza ha escrito Ud., luciendo en ella dotes de exposición elocuente, de habilidad narrativa y de eficacia, que me confirman en la idea que yo tenía formada de su personalidad de escritor y de la significación que, a justo título, se le reconoce en el movimiento intelectual de su país.

Contribuyen al interés de ese estudio tanto el desempeño del narrador como el tema sobre que versa. He considerado siempre que la guerra entre la Triple Alianza y el Paraguay es uno de los hechos más complejos de la historia americana; y en algunas de sus relaciones, uno de los que imponen mayores torturas de conciencia para completar un juicio cabal y seguro, que, sin olvido de ninguno de los antecedentes y circunstan-

cias con que se vincula aquella gran tragedia, en la vida interna e internacional de los cuatro pueblos que fueron sus actores, permita distribuir con justicia las tremendas responsabilidades que ella envuelve, y fijar, a su respecto, el veredicto histórico.

Hay, sin embargo, dos conclusiones que pueden considerarse definitivamente adquiridas como cláusulas de ese veredicto. Es la una, que la devastación y exterminio del pueblo vencido en esa guerra son un horror que, aunque no entró, sin duda, en el plan deliberado de los vencedores determina para ellos grave responsabilidad, y se sobrepone, como efecto moral de la victoria, al propósito de liberación, sincero en algunas—no, ciertamente, en todas—de las voluntades que prepararon la alianza, o la aceptaron, o la dirigieron en la guerra.

Es la otra que la heróica defensa del pueblo paraguayo constituye uno de los episodios más hermosos, viriles y ejemplares, no ya de la historia americana, sino de la historia del siglo XIX; destacando en cada página rasgos de intrepidez, de abnegación y de estoicismo, bastantes para caracterizar una tradición nacional honrosísima, que el Paraguay podrá reivindicar siempre para su gloria...

Del seno del mismo partido oriental que produjo la cooperación de mi país en la alianza de 1865, partió, veinte años después, la expontánea devolución de los trofeos de guerra, que disipó hasta el último vestigio de agravio entre ambos pueblos y demostró cómo, ya entónces, eran sentimientos arraigados en la conciencia nacional del Uruguay la admiración, la simpatía

y el respeto por los altos ejemplos del heroísmo paraguayo.

Así, purificado en el crisol del tiempo, aquel pasado nos une y nos unirá más cada día.

Salude usted a los que me quieren en ese noble pedazo de la magna patria americana y creame siempre su affmo. amigo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

* *

II

Palabras a la Juventud

La generación que se levanta en América, tiene, por la ocasión en que llega, una alta función histórica que realizar. La actividad de las generaciones anteriores hubo de emplearse en aquellas tareas iniciales que reclama la fundación de los pueblos; y su voluntad heróica y sus tenaces esfuerzos de organización y de cultura, han dejado nobles ejemplos, que la historia honrará, reconociendo—a pesar de juicios irreverentes y livianos—que no era posible hacer más de lo que ellas hicieron con el material que habían de trabajar y con los instrumentos de que disponían. Yo creo que, en el porvenir, aparecerá como uno de los aspectos más interesantes y más hermosos de la historia del siglo XIX, esa porfiada lucha de los nuevos pueblos de la América Latina, por sacudir la abrumadora carga de la tradición y sobreponerse a las dificultades de la inexperiencia y la incultura, para avanzar de frente a los más altos ideales de libertad y de civilización. Nuestra inquietud anárquica tiene así un fondo generoso que la cohonesta y la ennoblece, porque no es sino el resultado fatal de la desproporción entre la magnitud de las aspiraciones y la deficiencia de los medios.

Pero hoy, cuando la infancia de estos pue-

blos ha quedado atrás; cuando su triunfal desenvolvimiento económico exige ya complementarse por condignos progresos de otra índole; cuando la atención del mundo empieza a converger a este Occidente, reserva del porvenir humano, la afirmación de nuestra capacidad y de nuestra fuerza no puede ser otra que la *paz*; y la obra de las generaciones nuevas, obra tan grande como las más trascendentales eficacias del heroísmo guerrero, es la *fundación de la paz por la libertad y por el órden.*

Levante la noble, la viril juventud paraguaya, su generoso espíritu a la altura de esa necesidad de los tiempos; *haga obra de paz con la palabra y con la acción;* cifre su altivez heróica en vencer dentro de sí misma la tentación de las pasiones, y habrá ganado una gloria tan alta y tan pura que ninguna generación podrá aspirar a otra mayor

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

* *

III

Mensaje al Paraguay

Separo de un próximo libro mío una página de americanismo ferviente, una afirmación de mi fe inquebrantable en la unidad de la magna patria hispanoamericana, para que esa sea la palabra que me represente y me recuerde en las fiestas fraternales a las que marcha, jubilosa, la juventud de mi país.

No sale de la patria quien, siendo americano, pasa de un pueblo de América a otro pueblo de América.

Cuando, universalmente, la noción y el sentimiento de la patria se engrandecen y depuran, abandonando entre las heces del tiempo cuanto encerraban de negativo y de estrecho, aquí, en los pueblos hispanoamericanos, bien puede afirmarse que la identificación del concepto de la patria con el de la nación o el estado, de modo que la tierra que haya de considerarse extraña empiece donde los dominios nacionales acaban, importaría algo aun más pequeño que un fetichismo patriótico: importaría un fetichismo regional o un fetichismo de provincia. Porque si la comunidad de origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos; y la contigüidad geográfica, y cuanto puede dar fundamento real

a la idea de una patria, no bastan para que el lenguaje del corazón borre, entre nuestros pueblos, las convencionales fronteras y dé nombre de «patria» a la que no lo es en el habla de la política ¿dónde hallar la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón, que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas?

Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad anfictiónica que consagre y encarne esa unidad moral—el sueño de Bolívar,—es aun un sueño, cuya realidad no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la «expresión geográfica» de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria: era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e interesante que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones.

Unica patria es América; pero dentro de esta unidad hay pueblos que con más singular fraternidad se atraen y que más eficaz y claramente perciben la armonía de sus destinos. Paraguayos y orientales forman, sin duda, el más

cabal ejemplo americano de aquella «grande amistad» que Michelet soñaba ver consagrada en las relaciones de los pueblos. Reciprocidad de afectos y comunidad de intereses, los vinculan. El Uruguay es el Paraguay atlántico; el Paraguay es el Uruguay de los trópicos. Si alguna vez se interpuso entre ellos el humo del combate, los signos materiales de ese infausto recuerdo fueron ya de retorno, para demostrar que el fraternal amor salió acrisolado de la lid cruenta, porque se acrecentó con la recíproca admiración del heroísmo, que los mostró, en aquella aciaga ocasión, más semejantes que nunca...

Y si algún lazo más fuera necesario para confirmar y perpetuar ese amor, vedlo ahí en la memoria augusta del más grande de los orientales: del que aquí tuvo su cuna y allí su sepulcro; del que aquí fué acción y allí silencio; aquí heroicidad y allí estoicismo; y en una y otra parte, y en la justicia de la posteridad, gloria inmortal de América, gloria inmortal de la libertad humana.

A su veneranda sombra pide hoy el corazón de los orientales bendiciones para la tierra paraguaya; bendiciones que fructifiquen en paz y ventura para su pueblo; en adelanto triunfal para su civilización, tan esforzadamente mantenida en promesas por su generosa juventud.

Y hoy, en la identificación de estas expansiones fraternales, como mañana y como siempre: el Uruguay es el Paraguay atlántico; el Paraguay es el Uruguay de los trópicos».

Montevideo, 10 de Mayo de 1913.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Volumenes Publicados

POR LA

Biblioteca Paraguaya del Centro E. de Derecho

1—EL ALMA DE LA RAZA—Dr. Manuel Domínguez
2—NUESTRA EPOPEYA—Juan E. O'Leary
3—RODÓ—Centro E. de Derecho

EN PREPARACION

LITERATURA—Dr. Ignacio A. Pane

—

Se acepta canje con publicaciones análogas.

Los autores que remitan obras a la Biblioteca recibirán las que ésta publique.

Casilla 281—Asunción—Paraguay

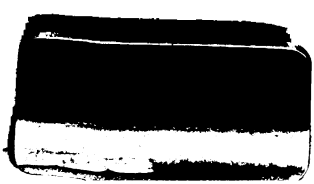
LA BIBLIOTECA PARAGUAYA
DEL
CENTRO ESTUDIANTES DE DERECHO

Publicará obras de los siguientes autores nacionales:

Rüidíaz de Guzmán, Mariano A. Molas, Natalicio Talavera, José de la C. Ayala, Dr. Blas Garay, Coronel Juan C. Centurión, Gregorio Benítez, Dr. Manuel Domínguez, Dr. Cecilio Baez, Juan Silvano Godoi, Fulgencio R. Moreno, Dr. Eusebio Ayala, Juan E. O'Leary, Dr. Ignacio A. Pane, Dr. Diógenes Decoud, Eloy Fariña Nuñez, Arsenio López Decoud, Dr. Gualberto Cardus Huerta, Alejandro Guanes, Dr. Teodosio González, Silvano Mosqueira, Juan R. Dahlquist, Dr. Juan José Soler, Marcelino Pérez Martínez, Angel I. González.

ESCRITORES JÓVENES.

J. Natalicio González, Juan Vicente Ramírez, Leopoldo Centurión, Pedro Pérez, Manuel Riquelme, Pablo Max Insfran, Dr. Luis D'Gásperi, M. Ortiz Guerrero, Nestor Eduardo Rivero, Justo P. Benítez, Facundo Recalde, L. Ramos Giménez, Luis Ruffinelli, R. Capace Faraone, Policarpo Artaza, Francisco L. Fernández, Pedro P. Samaniego, Eusebio A. Lugo, Manuel Gamarra, Federico García y Juan Stefanich.



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024588739

0 5917 3024588739